

PEÑA - SANTA

POR PEDRO PIDAL

MARQUÉS DE VILLAVICIOSA DE ASTURIAS

(DE LA PUBLICACIÓN DE DICHO AUTOR EDITADA EL AÑO 1919)

*Muy altos son los Urrieles:
altos que ya maravilla;
pues más alta es Peña-Santa,
que se ve toda Castilla.*

Castilla parece que se iba ensanchando delante del caballo del Cid; pero Castilla parece que no puede ensancharse más desde el alto de Peña-Santa. ¡Peña-Santa! Es el avance de los Picos de Europa sobre Castilla y sobre Asturias. A sus pies está Covadonga, y a su espalda Caín: las tierras benditas y las malditas, respectivamente. La componen dos peñas: Peña-Santa de Castilla, y Peña-Santa de Asturias. Sobre la cumbre de esta última se divisa casi en su totalidad el Principado. ¡Cuántos años hacía que no había visto a mi peña querida! ¡Cuántos años que no había dormido al pie de tus nieves, ni cazado el rebeco de tus laderas! ¡Cuántos años que tus aristas colgantes no me habían despertado al mundo de las emociones, del escalamiento y de los precipicios!...

On y revient toujours à ces anciennes amours, dice el refrán, y no hay nada más cierto.

Aun recuerdo el febril anhelo y las ansias y el ardor infinito con que yo subía, y subía sin cesar, desde Covadonga cargado con mi rifle por la áspera pendiente y las pintorescas majadas que dan acceso al lago de Enol, para desde allí alcanzar las últimas chozas, habitables por el verano, de la Rondiella.

Más arriba, empieza la región de los precipicios, de los rebecos y de las nieves, y ya allí, en plena soledad, en plena montaña, en pleno cazadero, me sentía yo en pleno paraíso, rodeado de musgos, de líquenes y de rododendros, expuesto al riesgo de sorprender un robezo a cada asomada, de verlo coronar algún pico, de descubrir un nuevo valle, de tropezar alguna gruta, de tener que salvar un mal paso.

Todo eran emociones, y yo, en medio de aquellas rocas, me creía el superhombre, porque luchaba cuerpo a cuerpo con la Naturaleza, como pudiera hacerlo cualquier antepasado de la Edad de Piedra...

Así es que, al llegar a dar vista al Requechón, en las faldas de Peña-Santa, con su Forcadona, y su Forcadina, por donde se escapan los rebecos, se redo-

blaba mi entusiasmo, y «¡Arriba!», «¡Arriba!», parecía gritarme una voz interior, que me arrojaba a lo alto, al azul del firmamento, cortado por la caliza clara de la peña esbelta, en cuya falda dormían glaciares de nieve immaculada... «¡Arriba!», «¡Arriba!», parecían decirnos los puntos apenas perceptibles en que nuestros gemelos veían las gamuzas... «¡Arriba!», «¡Arriba!», decían las águilas y los buitres que se cernían majestuosamente en el espacio...

Siete años hacía que no había yo estado en Peña-Santa, en el grupo occidental de los Picos de Europa; pues el grupo central, el de los Urrieles, el Naranjo de Bulnes, Peña Vieja y Cerredo, el de los Tiros del Rey, me había robado la atención por completo. Vuelto a mis antiguos amores, salí de Covadonga con mis hermanos entonando cánticos a la dicha suprema que renovaba las emociones puras de la edad sencilla, y mientras la catedral y la cueva se iban quedando allá abajo, nuevas cimas surgían de todos los puntos del horizonte. Al dar vista a la pintoresca Vega de Comeya, un ¡hurra!, con el sombrero en la mano, desde nuestros caballos, fue el saludo entusiasta a la súbita, aunque lejana, aparición de los Urrieles.

Al final de la Vega de Comeya, una cuesta, un cable, unas torres y unos calderos de la The Asturiana Mines Limited. Todo un transporte aéreo. ¿Quién dijo miedo? ¡Al caldero!

Dejamos nuestros caballos, nos metimos cada uno en un cajón de hierro, y mucho peor que si fuésemos en globo, pues el ruido del cable en que íbamos colgados no tenía nada de halagüeño, salvamos unos cuantos precipicios y llegamos arriba, a la Picota, a la casa-gerencia de las minas de manganeso de los ingleses, donde Mr. Mackenzie, el simpático ingeniero gerente, pretende tener el mejor balcón del mundo. Este balcón enfoca directamente a Peña-Santa.

De esta casa partió el año pasado un notable geógrafo francés, el conde de Saint-Saud, que hizo la topografía de aquellos lugares. Este año, un alemán, M. Schoulze, estudia la geología con toda la calma y seriedad propia de su raza. Es un joven muy simpático, alpinista distinguido, y uno de los siete fundadores de los alpinistas de la Academia, tan extendida hoy por toda Alemania. Se prepara para entrar de profesor en la Universidad, y sus oposiciones consisten en un trabajo geológico sobre los Picos de Europa.

De esta casa partimos al día siguiente todos, en compañía del alemán, después de haber dado gracias a los ingleses por su amable hospitalidad, y nos dirigimos a los Picos.

No hacía mucho tiempo que habíamos dejado el lago de Larcina, cuando el alemán, rompiendo con el martillo que llevaba un piedra, gritó:

—¡Oh, esto es muy interesante! Yo decírselo a los ingleses: ¡el manganeso viene de arriba!

Al poco rato mis hermanos gritaban:

—¡Los rebecos, los rebecos!

El alemán me coge por el brazo, y me dice:

—¡Allí va, allí va!

—¿Quién? —le pregunté—, ¿el rebeco?

—No: el filón.

Los unos, corrieron por la derecha; el otro, tomó por la izquierda, y yo, que ya venía encandilado con Peña-Santa, tomé de frente: la majestad de sus for-

mas, la blancura de su nieve y el azul del cielo me atraían sobremanera. Cuando la miré con el antejo, los rebecos estaban sobre la cumbre.

Por todas partes se había subido a Peña-Santa, menos por el Este. Por este lado había que subir, y subí tan sigilosamente como pude, a fin de sorprender a los rebecos. Sólo tuve dos malos pasos: uno no me atreví a pasarlo, porque el Mauser en la espalda me impedía escurrirme en mi emparedamiento por la grieta, y tuve que bajar unos veinte metros; otro lo pasé a modo de serpiente; esto es, arrastrando el busto sobre un lomo cubierto de hierba, de medio metro de ancho por dos de largo, con pared lisa a la derecha y precipicio más que regular a la izquierda. Estaba cerca de la cumbre, y al pasarlo así sentí muy cerca de mí hendir el aire: el buitre o el águila que pasó hubiera muy bien podido despeñarme.

Una vez arriba los robegos habían desaparecido. ¿Por dónde? No lo sé. Acaso estuvieran debajo de mí; pero no era cosa de indagar mucho, echando el cuerpo fuera, a aquellas alturas. Me senté a contemplar el paisaje, pues tenía a mis pies media Asturias: desde Peña Obiña y la Cigalia y el Aramo, hasta mí, veía todos los montes, y la mar de pueblos sepultados en lo más profundo de los valles: los de Pajares, Aller, Caso, Ponga y Amieva; veintitantos términos y cincuenta y tantos valles al Oeste. Por el Norte, subía el mar tanto como yo, y desaparecían, minúsculos, el Suevo y la cordillera de Cuera. Al Este, se levantaba la formidable barrera de los picos centrales: Llabrión, Urrieles, Cerrredo, Cabrones, Neverón y el Trave. Y al Sur, los montes de León y Peña-Santa de Castilla. Los primeros términos eran verdes, los segundos azules y los últimos rojos. No sabía separarme de allí, y debía hacerlo; pues llevaba cerca de dos horas sobre la cumbre y el sol no estaba lejos de llegar a su ocaso.

¿Por dónde debo bajar?, me pregunté. Por el Norte: primero, porque es la bajada más corta; segundo, porque es la dirección hacia donde deben estar las tiendas de campaña, y tercero, porque si me deslizo por el enorme ventisquero de cembra vieja (glaciar viejo), vuelo al pie de la peña.

En Gavarnie, debajo de la Brecha de Roldán, acostado sobre la nieve y sujetando poderosamente el rifle con las manos, me escurrí por un gran ventisquero, frenando mi caída la culata de mi escopeta, que bajaba mordiendo la nieve. Así llegué al pueblo una hora antes que el guía. ¿Por qué no había de intentar ahora lo mismo?

Veinte minutos debí tardar en bajar desde la cumbre de la peña a la parte superior del ventisquero. La nieve tenía unos cuatro o cinco metros de espesor o de altura, y metro y medio escaso la separarían de la roca por donde yo bajaba. Se me ocurrió dar un salto, pero lo juzgué excesivamente temerario. Cuando, una vez abajo, empecé a subir los cuatro o cinco metros de espesor, comprendí cuál hubiera sido mi locura. ¡La nieve estaba helada! A fuerza de golpes de culata de Mauser hice una hendidura para mis alpargatas, hasta cabalgar sobre el vértice del gran nevero helado.

Una vez arriba, empezó a helárase la sangre, pues faltó de botas con clavos, y de piolet con que tallar los pasos, ni siquiera tenía como en Gavarnie, un rifle muy pesado, con placa de hierro en la culata. Así es que estaba enfrente de un dilema: dar vuelta atrás y desandar lo andado, o ensayar una *glissade*

o resbalamiento sobre la nieve, que no estaba lisa y aparecía llena de ondulaciones o achaflamientos.

Quise, echándome de la parte de afuera, ensayar un poco si agarraría la punta de la culata del Mauser, y para ello di dos o tres vueltas al portafusil en el brazo izquierdo y dos o tres golpes sobre la nieve. Resbalé y... ya no había dilema: salí como una flecha, procurando moderar la velocidad con el arma. Aquello no fue deslizamiento; aquello fue una serie de golpes en la culata del fusil, debidos al achaflanamiento u ondulaciones de la nieve, y cada vez mayores, a medida que la velocidad de mi caída aumentaba.

Cada golpe era más fuerte que el anterior; cada sacudida más brusca; el Mauser se me rompió en dos pedazos, chocando contra mi cabeza, y en vano procuré retenerlos: nuevos golpes me los arrancaron de las manos, y entonces, solo, abandonado, sin medios, sentí que volaba; que mi cuerpo inerte se sacudía brutalmente contra la dureza del suelo, y que dentro de unos segundos sería una masa inerte e inconsciente. «Yo lo quise —pensé—: me estoy despeñando, y al primer embite contra la peña me voy al otro mundo sin darme cuenta de ello». Porque la peña me rodeaba por todas partes: peña a la derecha, peña a la izquierda, peñas en medio y peñas abajo para recibirme. Me di por muerto. Veía de un momento a otro el choque fatal, terrible, que me desvencijara por completo, que rompiera mis huesos y aventase mis sesos, si es que me quedaba alguno por haberme metido en trance semejante, y a pesar de tales seguridades fúnebres de mi espíritu, el instinto trabajaba siempre por mí hasta el último momento, impidiendo que bajase de cabeza y convirtiendo mis extremidades heladas en verdaderas garras de felino...

¿Cómo fue? Yo no lo sé; lo cierto es que, con ansias supremas de muerte y crispadura de dedos, logré detenerme sobre la nieve, cuando no faltarían quince metros para llegar abajo... Febo, sin duda, había lamido a su paso la parte inferior del ventisquero y había ablandado la nieve. Inmóvil, incrustado en la pared blanca, sentía caer la sangre de mi cara. No sé cómo, me puse de espaldas, y una vez así, bajé los quince metros a fuerza de taconazos y de codos.

Cuando me puse de pie sobre la peña, y me cercioré que no había más roturas que las de la piel, me encontré con los pantalones en la cintura y con el chaleco y la chaqueta en los sobacos. El rifle, el sombrero y el reloj habían desaparecido. Al ir en busca de mis compañeros me encontré con el alemán, que, alma buena y caritativa, con botas con clavos y con *piolet*, volvió al cabo de dos horas al campamento con mis objetos recuperados.

—«Rcdar usted doscientos cincuenta metros —me dijo—. ¡Usted querer matarse!».

Le di un abrazo, las primicias de nuestras conservas y mi cama. Yo dormí al sereno, sobre el santo suelo, metido en un saco de piel de oveja y contemplando las estrellas.

Para estrella, la mía.

4 Octubre 1907.